

Comentarios

¡Happy birthday to you, patria mía!

Cada 15 de septiembre, un sector de los estudiantes del área pre-universitaria y las autoridades, principalmente las militares, celebran la independencia de España. El resto aprovecha el feriado para múltiples y variadas actividades muy poco relacionadas con la llamada fiesta cívica, tales como irse a la playa, a algún balneario o sencillamente para quedarse en casa. Nos referimos claro a los empleados. Los otros, las mayorías pobres, para ellos no hay mayor diferencia, si acaso aumentará la venta de algunos productos, debido a la fatiga y a la sed de los marchistas.

La novedad de este año, el 173 aniversario de la independencia política de España —la otra aún es una tarea pendiente—, consistió en que en vez de bandas de guerra se habló de bandas de paz y en vez de tocar las tediosas marchas militares, algunos jóvenes interpretaron música salsa, mientras las cachiporistas de hermosas piernas, bailaban a su ritmo. Lástima que los cortes de pelo de los jóvenes de las *bandas de paz* aún se asemejen a los de los reclutas militares y sigan marchando al estilo de los ejércitos nazis.

En cada mes de septiembre se recuerda a los próceres, a los padres de la patria que, de estar vivos en este aniversario, seguramente hubiesen ya protestado por los adefesios construidos en la Autopista Sur, que más recuerdan a los monolitos de la isla de Pascua que a sus ilustres personas. Y hubiesen protestado indignados, no porque aún se les

recuerde después de tantos años, sino por el mal gusto y por el derroche de dinero que ha hecho el gobierno de ARENA construyendo monumentos por todos lados, amén de los que están aún por construirse, mientras “los pobres nacen pobres y mueren pobres”, porque el gobierno manifiesta no poseer fondos ni siquiera para cumplir las demandas de aquellos humildes salvadoreños que lograron sobrevivir luego de defender a la patria de la “agresión comunista”, como solía afirmarse en la década pasada y que ahora, para hacerse oír tienen que tomar como rehenes a los otros llamados padres de la patria; algunos de los cuales se tomaban iglesias, ministerios y embajadas en años pasados, pero que ahora, convertidos en “pragmáticos”, se acusan entre sí aprovechando cualquier oportunidad.

Los símbolos de la patria son la bandera, el escudo y el himno, se nos recuerda a través de los medios de comunicación. La primera y el último son usados espontáneamente por los salvadoreños en las competencias deportivas. En cambio, el escudo ha tenido menos suerte y sólo se observa en algunos centros oficiales, civiles o militares, acompañando la fotografía del presidente de turno, como si éste fuese el representante de la patria o un símbolo patrio y no un servidor público que se sirve del cargo para enriquecerse todavía más.

Pero no se crea que estos símbolos patrios no calan hondo en la conciencia de los salvadoreños. Por ello no es de extrañar que nuestros compatrio-



tas en el exilio económico —que ya se hicieron acreedores a un monumento, por generar más divisas que los cafetaleros—, ya sea tan cerca como en Estados Unidos o tan distantes como en Australia, derramen copiosas lágrimas al escuchar el himno nacional, mientras el efecto del alcohol les atenúa las inhibiciones y les trae a la memoria las pupusas de queso con loroco, las de chicharrón o las revueltas. Con cada nota de nuestro nunca *bien ponderado* himno nacional, comienzan a añorar el atole shuco con chile en un guacal de morro con sus respectivos frijolitos monos en el fondo, o la yuca con chicharrones, el chilate con nuégados, los tamalitos de elote con crema, o los tamales pisques, el queso duro-blandito, los enredos, la sopa de mondongo, las conchitas con cerveza, ya no digamos nuestro clima, sus playas, nuestros pueblos enclavados en los cerros, los ríos que antes no estaban tan contaminados y entonces, se les sale lo salvadoreño, lo guanaco y terminan cantando aquel poema de Roque Dalton, hecho canción, que dice: entre otras muchas verdades: "...los que lloran borrachos por el himno nacional / bajo el ciclón del Pacífico o la nieve del norte, / los arriados, los mendigos, los marihuaneros, / los guanacos hijos de la gran puta, / los que apenas pudieron regresar, / los que tuvieron un poco más de suerte, / los eternos indocumentados, / los hacelotodo, los vendelotodo, los comelotodo, / los primeros en sacar el cuchillo, / los tristes más tristes del mundo, / mis compatriotas, / mis hermanos". Y terminan creyéndose "los mejores artesa-

nos del mundo" y soñando con volver a la patria. "Patria idéntica a vos misma / pasan los años y no rejuvenecés / deberían dar premios de resistencia por ser salvadoreño", como dice Roque en "Ya te aviso".

Lástima grande que en nuestra patria, libre, soberana e independiente, como se afirma solemnemente, esos platillos nuestros, por no llamarlos patrios, estén sucumbiendo ante el colonialismo dietético y ahora, los salvadoreños prefieren la llamada "comida chatarra o alimentos basura": los expendios de hamburguesas y de piza, parecen hongos surgidos por doquier en nuestras princi-

pales ciudades y allí se va como idiota a contribuir a enriquecer a las transnacionales, en vez de conservar nuestras tradiciones alimenticias mucho más saludables y de menor precio. Siendo como somos, un pueblo con pocas tradiciones autóctonas, al menos, debiéramos conservar nuestras tradiciones alimentarias, ya que el colmo de la dominación cultural, para no hacer referencia a la económica, a la política, etc., se manifiesta en prácticas tan sin sentido y bayuncas, tales como el que ahora los niños vayan de casa en casa pidiendo dulces en un tal llamado "día de las brujas" y hasta gritando: *haloween*, sin siquiera entender qué expresa tal palabra o que cuando cumple año el niño, los grandes o la vieja, le canten: *Happy birthday to you*.

Todo esto nos debiera llevar a tomar más en serio el simbolismo que representa la independencia política de España, porque, aparte de eso, ya no significa nada. Por eso debemos procuremos ir construyendo a partir de las costumbres y tradiciones propias de nuestra raza mestiza —porque realmente eso somos, nos guste o no nos guste—, aquello que nos identifica como salvadoreños. El sentido de la nacionalidad, sin caer obviamente en el chauvinismo, la identidad como salvadoreños es de suma importancia para percatarnos de si somos o no una patria libre, soberana e independiente.

Se suele decir que en el campo económico no tiene ya ningún sentido hablar de independencia, en tanto que los tiempos han cambiado y que ahora lo que priva es la interdependencia entre las dis-

tintas naciones; sin embargo, aunque ello pudiera ser una realidad para algunas de las grandes potencias económicas, en el caso de pueblos como los nuestros —los de la gran patria centroamericana, alias “los del sueño morazánico”— lo que experimentamos no es interdependencia, sino dependencia económica, la cual trae aparejada la dependencia política. O alguien en su sano juicio va a pretender que nosotros tenemos independencia política, cuando sencillamente obedecemos nacional e internacionalmente los dictados de la política de Estados Unidos.

El Salvador mantuvo relaciones estrechas con el Chile de Pinochet, pese a la ausencia total de democracia, de irrespeto a los derechos humanos, de ser un gobierno *de facto*, etc., y sin embargo, no tenemos relaciones ni siquiera comerciales con Cuba. ¿Por qué? Porque sencillamente así nos lo manda el gobierno norteamericano. O en el área económica, ¿alguien cree que la política económica la decide el gobierno de ARENA, el gran partido republicano y nacionalista? La continuidad que se observa entre el primer y el segundo gobierno de ARENA en materia de política económica, no se explica porque siga el mismo partido en el poder, sino porque tal política es dictada por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano o la Agencia para el Desarrollo Internacional, los agentes más persuasivos del imperialismo norteamericano. No nos hagamos los ingenuos, ni permitamos que nos miren a la cara con expresión renovada, ¿o renovadora?

Lo de la soberanía ya sabemos que es tan sólo para justificar el sueldo de los militares, quienes ahora, tal parece, en contubernio con los de Honduras, andan queriendo jugar a la guerrita otra vez sólo para que no les reduzcan el presupuesto. Como dicen: entre ellos se entienden, por más que uno crea que ni hablar pueden. El problema es que son los pobres de siempre quienes tienen que su-

frir a costa del divertimento de los militares.

¡Feliz cumpleaños, patria mía! Aunque entiendo que estás vieja y cansada, pobre, adolorida y discapacitada a raíz de la recién pasada guerra, pero no pierdas la esperanza. Vendrán nuevas generaciones que sabrán saludarte orgullosos de hijos tuyos poderse llamar. Por ahora las cosas siguen igual de mal y entiendo que te resulte incomprendible tanto chipustazo que te dieron para casi nada conseguir, pero la confianza en el pueblo, en tus verdaderos hijos, no debes perderla. Llegará el día en que se conviertan en auténticos sujetos de tu historia y ya verás entonces que todo será diferente.

Sí, los pájaros volverán a cantar en los bosques, porque habrá bosques; el agua fluirá cristalina y no habrá necesidad de comprarla embotellada; tus suelos volverán a ser fértiles para que abunde el maíz y los frijoles, las naranjas y los aguacates; los hombres y las mujeres con sus cipotes ya no pasarán hambre y tendrán casitas bonitas y frescas; no habrá niños huele pega, ni criminales, ni corruptos, ni militares, ni ricos. Viviremos los salvadoreños todos como hermanos, trabajando los unos para beneficio de los otros y no para los que no trabajan. Ya no importaremos modelos económicos, ni cosas lujosas, innecesarias para ser felices. Hasta tendremos nuestra propia cultura, porque habremos creado una nueva civilización, aquella, la del trabajo, de que nos hablaba el padre Ellacuría.

No te me entusiasmes tan rápido, patria mía. Todo eso no nos caerá del cielo, tendremos que bajar el cielo y eso es bastante difícil. Pero si le ponemos ganas a la cosa y todas las fuerzas sociales populares, unidas en una sola fuerza, jalamos para que el cielo baje, no le quedará de otra que bajar. Y entonces, ya no te molestará la leyenda de la bandera: *Dios, Unión, Libertad*, al contrario, te sentirás feliz de llevar tal divisa.

A. M.